

Carlos León en la Memoria

por Soledad Valenzuela

Con motivo de la publicación de «Memorias de un sonámbulo» (Ediciones Universidad Católica de Valparaíso, 1994), obra que reúne las columnas publicadas por Carlos León en el diario «La Epoca» entre marzo de 1987 y marzo de 1988, «Revista de Libros» recuerda a este escritor chileno, considerado un maestro de la novela breve.

1918
1988



El escritor Carlos León en 1954, año de publicación de su primera novela, *Sobrino Único*.



Junto a su mujer, Elena Pezoa Eyzaguirre, con quien tuvo dos hijos, Carlos y Jaime.

justicia que significó, según los críticos, el no haberle dado el Premio Nacional de Literatura. "Modesto hasta la médula y muy mal promotor de sí mismo", no era extraño que pasara inadvertido.

Sin embargo, los reconocimientos no faltaron. Incluso los hubo "post mortem" (Premio Especial de la Crítica, 1988). Fue designado Miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua, cargo que él consideró muy irónico: "Lo menos que tengo es de académico. Yo podría ser más bien un cargador del puerto", bromeaba.

En 1979 fue distinguido con el «Premio Regional de Literatura», de la Secretaría de Relaciones Culturales de la Quinta Región. Ya en esos años era profesor de Filosofía del Derecho y más tarde comenzó a colaborar en diversos medios escritos. Entre ellos, el diario «La Epoca», donde escribió semanalmente, entre 1987 y 1988, su columna «Memorias de un sonámbulo».

Aquejado por diversas enfermedades, murió en septiembre de 1988. Lo hizo sin despedirse ni llamar la atención, como lo dictaba su carácter.

“I COMO se le ocurre! Usted no ha sido ni será jamás escritor”, le dijo Osvaldo Arellano a su amigo Carlos León cuando éste le mostró lo que había escrito. León le hizo caso, pero años más tarde el destino quiso que Arellano se encontrara de nuevo con esa obra, que lo dejó maravillado. Esta anécdota explica el inicio tardío de Carlos León en la creación literaria. Fueron esos mismos papeles los que dieron cuerpo a *Sobrino único*, su primera novela, publicada a los 36 años. En ella, como en el resto de sus obras, recuerda una etapa de su vida, que transcurrió en diferentes ciudades. Porque, si bien Coquimbo lo vio nacer (1916), Carlos León viajó por varias provincias durante toda su infancia y juventud, para radicarse finalmente en su “Valparaíso eterno”.

Alto, encorvado, y de mirada aguda era este “León de Playa Ancha”, como lo llamó Manuel Rojas. Friolento por naturaleza, era usual verlo con su abrigo y un cigarro en la mano. “Fumaba mucho, casi con fruición, como si el humo fuese la vía de sus palabras”, escribió un periodista de «Ercilla» en 1972.

Siendo estudiante de Derecho ingresó a la Fiscalía de la Caja de Empleados Particulares de Valparaíso, puerto que eligió para residir como quien escoge a un amigo:

—Yo diría que me enamoré de este puerto y no puedo prescindir de él. Valparaíso, en cierto modo, a ratos y vanidad aparte, soy yo... Un lugar único en el mundo—, afirmaba el escritor.

Valparaíso fue, además, tema preferente de sus escritos:

—Era de la Pampa, pero el puerto lo conquistó. Mirando por aquí y por allá, como Lukas, sacó esa interioridad que esconden las ciudades—, opinó Enrique Lafourcade.

Fue también ahí donde escribió todos sus libros y conoció a la que sería su mujer, Elena Pezoa Eyzaguirre, con quien tuvo dos hijos.

El deterioro de su salud coincide con su iniciación literaria. Las enfermedades fueron una constante en su vida y debió someterse a varias operaciones. Así, se fue arrinconando en su hogar de Playa Ancha: “Todo lo que sea incomodidad pa-

ra mí, como salir de la casa y helarme en un teatro, lo he eliminado”, decía. El Café Riquet, que frecuentaba casi todos los días, y el Hospital Naval eran sus horizontes más lejanos, hasta que la editorial española Bruguera publicó, en 1973, su obra completa. Luego fue distinguido con el «Premio Joaquín Edwards Bello», de la Municipalidad de Valparaíso. Esos honores compensaron, de alguna manera, la in-

“Escribo Lo que Me Pasa”

Escribir para Carlos León fue “un oficio como cualquier otro”. Un trabajo que realizaba de noche y que constituyó, junto con la lectura, la gran pasión de su vida. Sin embargo, aclaraba:

—Lo que me gusta realmente es la vida, y uno está condenado a escribir sobre lo que nos rodea.

Las novelas policiales y autores como Cervantes, Arthur Conan Doyle, Simenon, Kafka, Charles Dickens... eran sus preferidos. De la literatura nacional, su favorito era Baldomero Lillo: “para mí es la prosa más alta de Chile”. A propósito de esas lecturas, decía:

—Son fundamentales las influencias, ya que actúan directamente sobre la obra del artista. Un escritor sin influencias no se concibe.

Por una necesidad de manifestar su espíritu reflexivo y observador, trazó como un pintor sus primeros bosquejos. En una entrevista que le hiciera Sara Vial en 1972 describe muy bien ese momento:

—Empecé a escribir con la misma actitud de un capitán de buque mercante que ordena la mercadería para que el buque parezca buque y no feria flotante.

Entonces, y a partir de la publica-

El autor, en su casa de Playa Ancha, donde acostumbraba escribir de noche



ción de su primer libro, su producción se hizo constante. Como en *Sobrino único* (1954), todas sus obras dan cuenta de su vida: “Son autobiográficas, porque sólo escribo lo que me pasa”. En 1957 apareció *Las viejas amistades*, donde relata su

adolescencia provinciana. Luego, en *Sueldo vital* (1964) habla de su madurez, ya anclado en Valparaíso.

En 1971 publicó *Retrato hablado*, volumen que incluye ocho relatos, y con él cual rompe el esquema autobiográfico. Sin embargo, no abandonó jamás la brevedad y la economía de palabras. Tenía un argumento muy simple: “la gente ya no tiene tiempo para leer”.

Sin duda, es *Todavía* —escrita en primera persona— una de sus novelas más importantes. No sólo por su calidad, coinciden los críticos, sino por el relato que hace de sus amores juveniles. A propósito de ella, Ignacio Valente opinó: “He aquí la novela más entretenida, modesta, conmovedora, simple y apasionante que me haya tocado leer en bastante tiempo”.

En 1977 presentó *Algunos días*, donde incluye cuarenta crónicas, verdaderas estampas del puerto. En *Hombres de palabra* (1979) retrata a 22 escritores chilenos, “que llevo conmigo en días inolvidables”. Pablo Neruda, Manuel Rojas, Enrique Lafourcade son algunos de esos amigos de los que León habla, deseoso de que el lector llegue a quererlos y admirarlos como él.

Reseña

RCG 6049

Memorias de un Sonámbulo

(Carlos León. Editorial Universidad de Valparaíso, 1994, 157 páginas.)

OLVIDAR a Carlos León sería fratricidio, aparte de mal servicio a las letras chilenas. Por esto, bueno es este libro que nos trae su presencia, encarnada en estas crónicas que fueron lo último que escribió, hasta pocos meses antes de su muerte.

Crónicas trazadas entre marzo de 1987 y marzo de 1988 y que, como lo indica el título, podrían ser fragmentos escritos a saltos, de unas memorias que van desde la infancia hasta la madurez de este solitario que observaba la vida con una original alquimia de ternura e ironía.

Vistas ahora, desde la perspectiva de la obra —breve y sin paralelo— de Carlos León, las sentimos como un trasfondo, un acompañamiento de bajo continuo de aquella. Aquí están las raíces, señaladas en la hora última, de *Todavía*, *Las viejas amistades*, *Sobrino único*.

Allí está el lugar de nacimiento, el puerto de Coquimbo, de cuyo tiempo quedan “sólo desteñidas imágenes, como esas postales veladas por un dilatado abandono y descubiertas de pronto en un baúl olvidado o en un álbum imprevisto, que nos encogen el corazón

ANTOLOGIA



inundándolo de nostalgia, respeto, ternura, piedad y resignación”. Allí están las lluvias sureñas —Los Angeles, Valdivia, Concepción—. Allí está Valparaíso de brumas y recovecos con Playa Ancha, capital del viento y de la “boya del buque”, ya extinguida voz del oleaje.

Transcurren por estas páginas esos personajes cuya singularidad sólo el ojo atento de Carlos León podía descubrir: muchachas con “faldas estrechas, tobillos finos y rostros de fucias”; magros oficinistas aburridos; bohemos de diversos estratos y calañas; enormes profesores de Derecho; amigos sin más nombre que el recuerdo.

Para sorpresa de los lectores, este libro memorioso remata en un cuento inédito: *Regreso a casa*. Para sorpresa, digo, porque aquí Carlos León nos muestra una vertiente inesperada.

Añadamos el admirable prólogo de Alfonso Calderón y las notas de Allan Browne para concluir en que este es un libro excepcional como homenaje a ese inmenso y silencioso escritor que fue nuestro inolvidable Carlos León.

Hernán Poblete Varas